

nuevo M. José; pero en cuanto su mano empuñó la culata, le pareció que se trasformaba en mármol; su mirada extrañada se hizo fija, y aparecieron visibles en su cuello y frente gruesas venas azules.

Estuvo apuntando mucho tiempo con el fin de dar lugar á que su pulso se serenase y afirmase y fuese mas segura su puntería.

Dos detonaciones vinieron á interrumpir el silencio, tan seguidas la una de la otra, que sus ecos casi se confundieron en uno mismo.

La bala del conde habia sido la primera en herir, y Fritz, medio trastornado, disparó tambien esta vez al aire, aunque involuntariamente.

El plomo le habia atravesado de parte á parte el pecho, y yacia en tierra enrojeciendo la verde alfombra del suelo con la sangre que le salia á borbotones por la doble boca de su herida.

— Vámonos, dijo el conde sin dirigirle siquiera una mirada.

Fritz, dando un ronco gemido, trató de levantarse y agitó los brazos desesperadamente como para llamarle.

El conde se volvió.

El coronel hacia vanos y desesperados esfuerzos para desbrocharse su levita, en cuya operacion le ayudaba Toinon, arrodillado á su lado para tratar de hacerle una primera cura.

Vióse caer del pecho del coronel un pliego arrugado y manchado de sangre, en cuyo sobre se leia el nombre del conde de Puysaie.

— ¿Para mí? preguntó Loredano admirado.

Y el coronel, inclinando su cabeza, respondió con el gesto y con la voz:

— Para vos.

Tal vez habria querido decir alguna cosa mas, pero se vió acometido por un vómito de sangre, y dando un profundo suspiro, volvió á dejarse caer sobre la yerba.

Al principio Loredano quiso rechazar la carta que el doctor Toinon le alargaba, pero el moribundo le dirigió una mirada tan suplicante, que el conde se sintió conmovido hasta la médula de los huesos.

La tomó y rompió el sobre.

Con una rápida mirada la leyó, y enterado de lo que contenia este testamento de muerte que conocen ya nuestros lectores, acercándose al coronel Fritz le dijo:

— Será ejecutado lo que deseáis.

Fritz trató de hacer un esfuerzo supremo: movió sus labios sin poder hablar, y volvió á dirigir de nuevo una mirada en que iba expresado todo su agradecimiento á aquel hombre á quien deseaba matar unos momentos antes.

Le fué imposible el hablar; solo se oyó un ruido sordo salir de su garganta, y, rendido por los esfuerzos que habia hecho, se desvaneció.

— Vámonos, volvió á repetir el conde á M. José.

Este, dirigiéndose al doctor Toinon, le prometió enviarle socorro tan luego como llegasen á donde estaban los coches, esperando á la subida de la cuesta.

El conde de Puysaie caminaba silenciosamente, agarrado al brazo de su jóven amigo.

Un sombrío velo de tristeza empañaba su frente, y al bajar la rápida pendiente que habian subido hacia algunos momentos, dió á conocer á M. José el secreto de sus íntimos pensamientos por medio de estas palabras:

— Ese hombre era un grandísimo miserable, pero... era un hombre...

La misa de la iglesia de la Magdalena se habia concluido, y Cipriana, Hortensia y Liliás se habian vuelto á casa con sus frentes sombreadas con la cruz hecha por el sacerdote con la simbólica y mística ceniza.

A medida que se acercaba el momento en que ellas esperaban llegar á conocer el resultado de aquel fatal duelo, sus almas se sentian mas angustiadas y sobrecogidas.

¿Quién seria el que volveria? ¿El coronel ó Loredano? y aun ¿volveria alguno de ellos?

Cada vez que oian el ruido de algun coche, se precipitaban á la ventana.

Liliás ignoraba la causa de aquellas angustias y desasosiego de que ella misma participaba tambien, y sus miradas se fijaban alternativamente en la «jóven mamá» y en la «señora vestida de negro.»

Se abrió por fin la puerta cochera, y Cipriana, que estaba apoyada sobre la ventana, no pudo reprimir un grito de alegría.

Loredano, su padre, volvia sano y salvo.

Venia solo, porque M. José habia vuelto al lugar donde se verificó el duelo, para ayudar á Toinon á curar á Fritz en caso necesario.

El conde, sin pronunciar una palabra, se fué derecho á Liliás, y tomándola en sus brazos, le dió un beso, diciendo despacito:

— ¡Pobre niña!

En seguida, pero sin hablar una palabra, abrazó á su mujer y á Cipriana.

Y como las miradas de estas manifestaban deseos de tener una explicacion mas completa:

— Queda hecha justicia, dijo.

Despues, dando á Hortensia y á Liliás dos cartas manchadas de sangre, añadió:

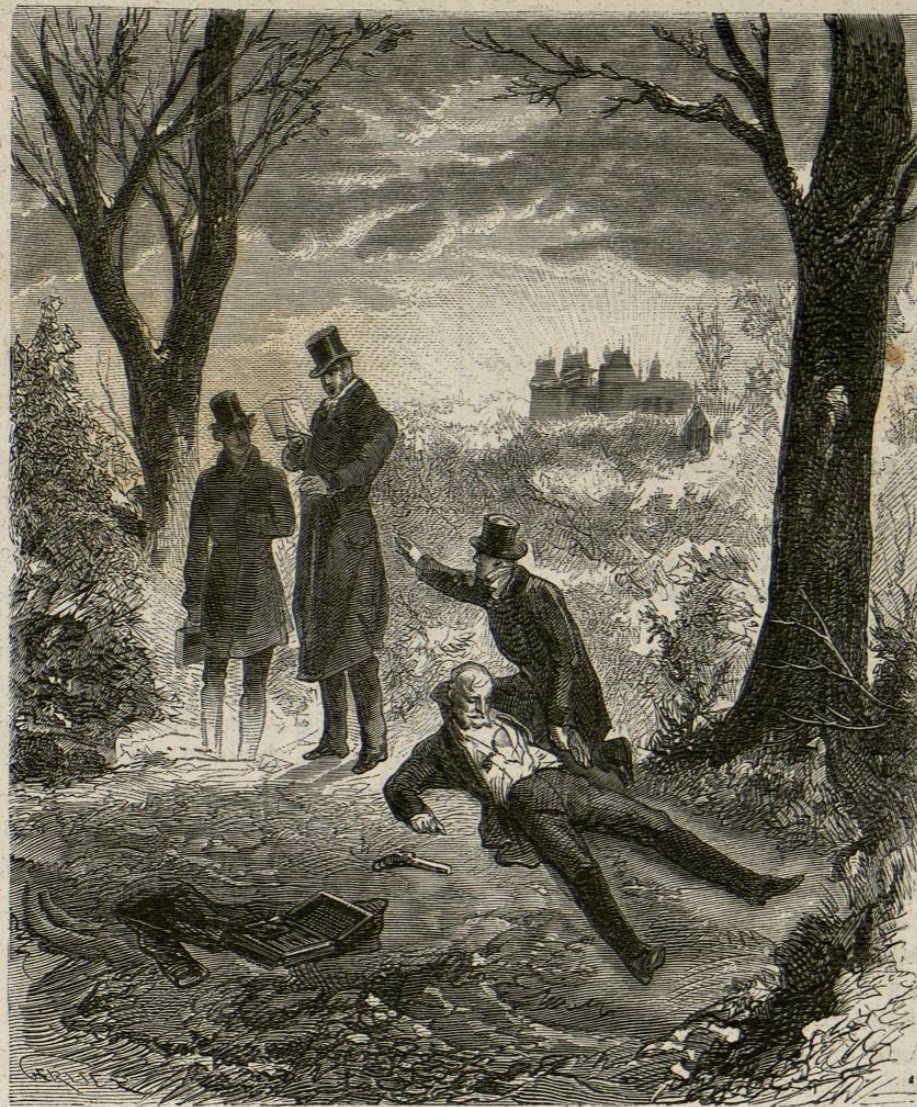
— Era un gran culpable... pero yo no me siento ni con la fuerza ni con el derecho de privarle de los abrazos de su hija.

En aquel momento se volvió á oír el ruido de otro coche en el patio enlosado de la casa. Era M. José de la Cruz que volvia despues de haber acompañado al doctor Toinon y al coronel, medio muerto, á la morada de este último.

— Aquí tenéis, dijo M. José al conde entregándole un papel, las señas que me habiais pedido.

En este papel estaba escrito: «Fritz, calle de Maçons-Sorbonne.»

— Era para vos, señora, dijo á Hortensia el conde, para quien yo habia pedido estas señas. Obrad segun os dicte vuestra conciencia.



La tomó y rompió el sobre.

XLII

EL REVERSO DE UNA VIDA DORADA.

Nos hallamos en un cuarto pequeño y de triste apariencia en el barrio de la Sorbona.

El piso no está entarimado, sino cubierto con ladrillos negruzcos, desiguales y hundidos en muchas partes.

Tampoco hay chimenea, sino una pequeña estufa, sobre la que está colocada una cafetera llena de agua.

Tres sillas de paja, una mesa de madera de pino, una có-

moda vieja y un catre de cerezo con un jergon y un colchon bien escaso de lana, es de lo que se compone la cama y completa todo el mueblaje del cuarto.

Es una verdadera bohardilla en toda su fealdad y desnudez; aquella bohardilla celebrada por Beranger en la que dice que se está tan bien cuando uno tiene veinte años.

El coronel Fritz debía encontrar que se estaba allí muy mal á los cuarenta.

Este desvan era, en efecto, el cuarto en que él vivia.

Por un contraste singular, que explica desde luego á primera vista la doble existencia de este aventurero del gran mundo, se veian sobre la mesa y sobre un estante formado con tablas ordinarias, algunos objetos de gran lujo y elegancia.

Al lado de una jofaina rota y de una jarra sin asa, veíase abierta una gran caja-tocador con todos sus enseres de plata cincelada, sobre los que reflejaba su rojiza luz una

vela de sebo metida en un candelero de hoja de lata lleno de roña y de grasa.

Cuando se reciben convites para asistir á comidas en los palacios de los grandes, es necesario representar el papel de millonario.

Probablemente Fritz habria tenido que privarse de almorzar durante seis meses, para poder comprar aquella caja.

Algunos vestidos de última moda estaban colgados de los boliches de una percha de madera clavada en la pared, y en el cajon entreabierto de la cómoda se veia la blancura mate de unas camisas de batista.

Las calcetas que hay en aquella cómoda están todas agujereadas y rotas, pero en cambio se hallan á su lado ricas camisas de batista y pañuelos bordados á realce.

Sobre la mesa hay una multitud de objetos diferentes que forman un singular contraste. Al lado de una caja de guantes de cabritilla perfumados, está un pedazo de plato roto en donde hay todavía un trozo de beefsteak rodeado de grasa congelada; y una petaca que ha costado veinte duros está en medio de mondaduras de rábanos y de mendrugillos de pan duro.

La miseria que se oculta bajo el barniz del lujo es la mas asquerosa y repugnante de todas las miserias; y de ésta clase de miserias solo se ven y hallan en Paris.

Miserias que no causan compasion y que inspiran mas bien asco y desconfianza, porque la mayor parte de las veces no tienen por punto de partida sino sentimientos viles y mezquinos, tales como el deseo de adquirir una fortuna por medio de la intriga ó de una degradante vanidad.

Habládme de esas miserias que se presentan con la frente erguida y que no se avergüenzan de deber el salario que reciben para poder subsistir, ó al trabajo material de sus manos, ó á su inteligencia. Esa es la miseria honrada, ennoblecida.

El aspecto solo de aquel cuarto daba una idea bien triste y poco favorable sobre el modo de vivir del coronel Fritz.

En la parte de nuestra historia que hemos titulado *las Miserias de los ricos*, no hemos hablado de esta clase de miseria, porque el arreglo de nuestro plan nos obligaba á dejarlo para mas adelante.

¡Cuántas de esas existencias tan brillantes en lo exterior y tan envidiadas tienen el mismo reverso que la del coronel Fritz!

¡Cuántas privaciones y necesidades apremiantes ocultan algunos trajes de baile que ostentan con orgullo muchas señoras elegantes, asi como las monedas de oro que arrojan sobre el tapete verde de una mesa de juego con una negligencia é indiferencia fingidas y aparentes, algunos caballeros en sus respectivos círculos!

¡Cuántas mariposas relucientes y ligeras que andan revoloteando en los salones en busca no de mujer, sino de dotes, no han comido aquel dia para poder comprar sus guantes de cabritilla, como el Marcelo de *el Honor y el Dinero!*

El coronel tenia que haber sido un prodigio de habilidad, mezclada con una heroica paciencia, para haber podido vi-

vir durante tanto tiempo en medio de la sociedad en que vivia, sin que nadie hubiese traspirado ni descubierto su secreto; y tenia que haber dado muchas pruebas de energía y firmeza de voluntad para haber soportado tan valerosamente su verdadera miseria.

Cuando no estaba convidado á comer, aquel dia no comia; era preciso tener una gran fuerza de voluntad para reirse, bromear y bailar mientras el hambre le roia las entrañas.

Tal era este hombre: raspando un poco el barniz que lo cubria, se encontraba al cómico, siempre al cómico en todos sentidos.

Desde un principio, asi por aficion como por vanagloria y ambicion, habia escogido representar en el mundo el papel de gran señor, y lo habia desempeñado concienzudamente y con perfeccion hasta los últimos momentos de su vida.

Cuando se hallaba en sociedad, entonces estaba en *el escenario*, entrando, saliendo por los salones dorados y alfombrados, como por entre los bastidores de un teatro, é identificándose completamente con el papel del personaje que representaba; y aquel cuarto sombrío y desahajado que habitaba eran sus bastidores, el cuarto donde se revestia sus disfraces, se ponía sus coloretos, el cuarto, en fin, en donde desaparecia el coronel Fritz del gran mundo, para volver á ser Florestan, el cómico adocenado de Bruselas.

Él habia hecho del mundo su teatro; y todos los teatros son así poco mas ó menos.

Por delante, en lo exterior, mucho relumbron, mucha apariencia, grande alumbrado.

Por dentro, pasadizos oscuros, escalerillas apenas alumbradas por una lamparilla, cuartuchos sin muebles, en los que el Ricardo III de las tablas se trasforma en Saint-Phar, Hamlet en Floridor y Ofelia en Madelon.

Habia sabido el modo de no dejar penetrar á nadie su secreto, y aun hasta el mismo M. Gigant ignoraba á qué extrema miseria se hallaba reducido su asociado.

El coronel Fritz era orgulloso, y nunca se quejaba ni hablaba de su situacion embarazada.

Quejándose, habria comprometido el desenlace de su drama, ese desenlace deslumbrador en donde él apercibia el brillante reflejo de algunos millones.

No se tiene cuenta mas que de los ricos y de los poderosos, y á los demas no se les hace mucho caso. El leon no toma su parte de despojos por entero sino cuando tiene que habérselas y debe repartir la presa con la ternera, la oveja y la cabra.

Fritz, como era uno de los que conocian á fondo al hombre de negocios, se habia hecho este razonamiento: si M. Gigant llega á saber cuál es mi verdadera y miserable posicion, el dia del reparto no me dará mas que algun hueso que roer, y esto aun por gracia.

El drama tocaba hoy á su fin, y el desenlace trágico que habia tenido era muy distinto del que el coronel habia previsto.

La muerte le iba á gritar: «En escena», y entonces, ¿qué le importaba ya que su secreto fuese descubierto ó no?

Tendido sobre su miserable camastrojo, con la cara encendida por la calentura, y apretando con sus manos encrespadas la grosera tela de sus sábanas, daba roncocos gemidos.

Mientras tanto, el doctor Toinon iba y venia por el cuarto arreglando los vendajes y preparando las bebidas.

— Dame de beber, exclamó Fritz, me abrasa el pecho, como si tuviese en él carbones encendidos.

Toinon echó en un vaso unas cucharadas de la pocion que contenia un frasquito, añadió otras cuantas de agua tibia, y acercó el vaso á los labios de Fritz, que al tomar este brevaje con la mayor ansia, exclamó:

— ¡Oh! esto me hace mucho bien, me alivia y calma; y en seguida volvió á dejarse caer sobre la almohada.

Pero Toinon, meneando la cabeza, se dijo para sus adentros:

— ¡Pobre hombre! no pasarás la noche.

Fritz se habia quedado como muerto.

Con los ojos vueltos, los miembros estirados y los párpados medio cerrados, se hubiese creído, al verle, que era ya cadáver, si una respiracion silbante y fatigosa que se escapaba de su pecho no indicara que vivia aun, aunque en bien penoso estado.

La pocion que Toinon acababa de administrarle, producía su efecto: hacia dormir al coronel, pero no lo calmaba, puesto que, de vez en cuando, se agitaba su cuerpo con bruscos movimientos, y entonces se asomaba á sus labios un espumarajo sanguinolento que el doctor limpiaba cuidadosamente con un pañuelo fino de batista...

El moribundo, — podemos darle este nombre, puesto que ya no le separaban de la muerte sino algunas horas, — se enderezó de repente sobre la cama, abrió los ojos desmesuradamente, y en sus mejillas, mucho mas encendidas, dió un gemido doloroso.

Era que deliraba: que tenia las visiones de los que están agonizando.

Diriase que semejante á un viajero que va á abandonar para siempre la casa en que hasta entonces ha habitado, al salir de ella, vuelve la vista atrás para fijar bien en su memoria, con una última mirada, el recuerdo de su morada; así el alma, al romper las cadenas que la han tenido ligada á la materia, hace otro tanto.

Para ella, casi desprendida ya en estos momentos de esos lazos, ya no hay espacio, ya no hay tiempo.

Los acontecimientos mas lejanos, los mas fútiles é indiferentes que habia ya olvidado por su misma insignificancia, vuelven á representársele, en aquellos momentos, con una precision y lucidez, como si se realizasen entonces de nuevo.

Señalando con el dedo un rincon del cuarto, el coronel Fritz preguntaba:

— ¿Los ves tú? ¿los ves?

— ¿A quiénes? le contestó el doctor Toinon por pura complacencia.

— Me dirigen miradas irritadas... me maldicen... tienen razon. Nada les habia quedado por hacer por mí... y yo... yo miserable... ¡Pobre padre!... — Fritz, decia mamá con

voz triste, ¿qué has vuelto á hacer hoy?... Tus maestros se quejan de tí... Nosotros no somos ricos, pobre hijo mio, es preciso trabajar. Nosotros no contamos mas que contigo para los dias de nuestra vejez. ¡Ah, pobre y desgraciada madre!... contar conmigo... ¡Ah, ah!... los pobres... ellos contaban conmigo.

Y se echó á reir con una risa diabólica, estridente, nerviosa, que parecia mas bien á un gemido doloroso que á una expresion de alegría.

En seguida, se puso á cantar una cancion báquica cuyo refran decia:

Dale un trago al perillan
De Jerez ó Malvasia,
¡Viva, viva la alegría!

Luego, continuó hablando y diciendo:

— ¿Qué me vienes á contar?... que la buena vieja ha muerto... pues á su salud, ja, ja, ja... ¿que ha muerto?... buen cuidado me da á mí... me tenia fastidiado con sus sermones... ¡Buen perillan soy yo!...

¡Viva, viva la alegría!

De repente cambiaron sus ideas y exclamó:

— ¡A mí! Margarita. — Era un viejo, un hermoso viejo que yo he visto á menudo en mis sueños. — En aquel tiempo la Borgoña era feliz. — Diez contra uno, señores, eso es muy poco para un caballero.

— Ten cuidado, Scozzonne, ten cuidado...

Y continuó repitiendo otras muchas frases de melodrama con fuerte entonacion y acentuacion de las dobles rr.

Sin duda era el teatro lo que se le representaba en su imaginacion delirante, los corredores oscuros, los bastidores sucios, los quinqués humeantes, los oropeles y harapos, todas esas miserias y extravagancias del *teatro por dentro*, que tanto agradan al cómico, y de las que no puede desprenderse cuando ha llegado á conocerlas.

¡Pobre Fritz! ¿por qué no continuaste siendo cómico? Tal vez habrias adquirido alguna reputacion, y serias un hombre de bien.

Pero quisiste trasportar el drama á la vida real; te has enamorado de las ficciones que tú representabas en las tablas, y has creído que la vida positiva del mundo era lo mismo, y has paseado tus miradas sombrías por en medio de la sociedad.

¿Por qué palideces á estas horas, traidor de los salones con frac negro? ¿Cuáles son esas formas invisibles que tu mano terrorificada se esfuerza en rechazar de la cabecera de tu pobre cama?

Tus labios han balbuceado un nombre... el de Nini Moustache.

La ves ahora tal como era cuando la conociste y se llamaba Celina Durand, y vivia en casa de su padre.

Entonces era honesta, sencilla, caritativa. Luis Jacquemin era su novio, y ella se tenia por dichosa.

¿Qué instinto fatal te impulsó á destrozar aquella felicidad que debió ser sagrada para tí?

¿La ambicion?... pero entonces, tú no eras ambicioso, y además, ¿de qué podía servir á tu ambicion la conquista y la pérdida de una jóven pobre é inocente?

¿El amor?... nunca la amaste...

Era pura y simplemente tu vanidad: la vanidad fátua del cómico de la legua que aspira á hacer conquistas.

Pero llegas á conocer á M. Gigant, y te haces uno de sus ciegos instrumentos.

Él, que es un hombre hábil, sabe cómo ha de manejarte, y cómo ha de burlarse de tí vendiéndote, como acabas de verlo.

En la asociacion de este hombre has perdido todo, tu conciencia, tu honor, tu misma vida.

Tambien él trabaja para el teatro; pero compone las piezas á su gusto; como autor, arreglará las escenas, y á tí, como actor, destinado á representar sus piezas, te hará entrar y salir, ir á la derecha ó á la izquierda, segun convenga á su plan, sin que tú puedas desviarte de él, porque una vez entrado en escena, ya no hay medio de evitarlo, y es preciso obedecer, y obedecer ciegamente, so pena de ser silbado.

Mientras tanto, sus remordimientos, tomando formas humanas, vienen á presentársele á la cabecera de su cama.

Primero Hortensia, con los ojos bañados de lágrimas, pidiéndole que se compadezca de ella.

Luego Cipriana, trémula y resignada.

Después Loredano, pálido y frio como un vengador, se le representa en su último cuadro.

Y el desgraciado coronel, retorciéndose las manos, pedia gracia y misericordia á aquellas formas que su descompuesta imaginacion le presentaba inclinando sus cabezas vengadoras por encima de su cama.

En vano el doctor Toinon trataba de sujetarlo debajo de sus sábanas, porque se le escurria de entre las manos, como si fuese una anguila.

Solo cuando le pasaban estos accesos, volvía á quedar inerte como una masa.

Toinon, que se sentía extremadamente cansado, y con imperiosa necesidad de tomar algun descanso, despues de las emociones y malos ratos que habia pasado, bajó á buscar á la portera de la casa, que era la que hacia la limpieza del cuarto, para que subiese á velar al coronel, y le avisase, en caso que ocurriese alguna cosa extraordinaria, y en seguida se marchó á su cama, sin ningun remordimiento de conciencia por abandonar á Fritz en aquel estado.

La portera prometió al doctor que haría todo cuanto le habia encomendado; pero apenas habia vuelto este la espalda, cuando se retiró á su cuarto murmurando entre dientes:

— Si, si, ahora voy yo á incomodarme por tu Fritz, un fachenda que nunca tiene un cuarto, que viene siempre á casa á deshoras de la noche, y no da la mas pequeña propina al cabo del año...

El cuarto de Fritz ha quedado sumido en una profunda oscuridad... un rayo de luna que penetra por entre los cris-

tales, permite descubrir una forma angulosa é inmóvil sobre el lecho, semejante á la de un cadáver que no espera mas que al sepulturero.

El pobre coronel se halla abandonado de todos en sus últimos momentos. Ha roto todos los lazos de afecto que habia encontrado en su vida: ha sembrado á puñados el dolor, la vergüenza, la desesperacion por todas partes por donde ha pasado, y no recogerá sino el odio, la indiferencia ó el desprecio. No sentirá cerrar sus ojos por los piadosos dedos de un amigo, ni tendrá el desgarrador consuelo de oír los lamentos de una esposa, ni los gemidos de una hija...

¡Morirá solo, abandonado!... Esta es la ley, y escrito está: *Sicut vita mors est ita.*

Oyese rodar un coche por aquella calle estrecha, poco acostumbrada á ruido semejante: párase el carruaje, y muy poco despues, se abre la puerta del cuarto del moribundo, entrando en él la portera que, con una luz en la mano, precedía á otra persona á quien decia:

— Aquí es, señora.

El coronel dormía con un sueño parecido á un desmayo, y no se despertó por la llegada de estas personas.

Una señora vestida de negro, y acompañada de una niña, se acercaron á la cama.

— Dejadnos solas, dijo aquella á la portera, no poco maravillada de semejante visita.

Y en seguida, ambas á dos, la señora y la niña que la acompañaba, se postraron de rodillas al pié del lecho del agonizante.

XLIII

LOS ÁNGELES DE LA MUERTE.

El alba encontró todavía á Hortensia y á Liliás arrodilladas á los piés de la cama, sobre el desnudo pavimento.

Hortensia leía á media voz los salmos penitenciales, y las sublimes y consoladoras oraciones de la recomendacion del alma.

Al sonido de aquella voz, el coronel abrió los ojos, pero creyó que su pesadilla continuaba, oyendo á la victima rogar por su verdugo.

Hizo un esfuerzo violento para incorporarse y extendió el brazo como para asegurarse por medio del contacto que no estaba soñando, y con una voz en cuya acentuacion se notaban á un tiempo la ansiedad y la alegría, exclamó:

— ¡Hortensia!

La condesa alzó la cabeza, separando lentamente la vista de su libro.

— ¡Vos! continuó Fritz, ¡vos aquí!... ¡Cómo! ¿es que me perdonais?

Extendiendo su mano hácia el cielo, la condesa le respondió con tono grave:

— « No juzgueis, dice el Señor, si no quereis ser juzgado. »

— ¿Y mi hija?

Hortensia se levantó, y en este movimiento dejó ver á Liliás arrodillada á su lado, y hácia la cual Fritz extendió sus brazos con un movimiento apasionado.

Madama de Puysaie, empujando á la niña hácia aquellos brazos, le dijo:

— Liliás, id á abrazar á vuestro padre que va á morir.

— Sí, exclamó Fritz, pero á morir bien dichoso, gracias á vosotros, ángeles de consuelo.

Liliás se sentó sobre la cama, y parecia que el coronel habia vuelto á encontrar toda su energía y toda su fuerza para estrecharla con mas ardor sobre su pecho.

Sus ojos habian vuelto á recuperar su brillantez y animacion, y no se cansaban de mirarla con la mayor ternura y de admirarla.

— Y ¡es á vos, señora... y á él á quienes soy deudor de este último gozo, de este supremo consuelo!... ¿es posible que haya corazones susceptibles de una nobleza y generosidad semejantes? ¡Oh! si yo pudiera vivir, toda mi sangre, toda mi vida seria de los dos.

Pero no, mas vale así. Mas vale que yo muera; ¿qué haría yo ya en este mundo? Vos tratareis de olvidarme, y todavía podreis llegar á ser dichosa. Si yo pudiese llevar esta esperanza á mi tumba, me parece que no sería conde-

nado.

— Tened fé en la clemencia divina, le dijo con dulzura madama de Puysaie, pidiéndole que ella os perdone como nosotros os hemos perdonado.

— ¡Cómo!... Loredano...

— Mi presencia aquí debe probaros que si él no ha olvidado nada, por lo menos ha desterrado todo odio y rencor de su corazon.

— Y ¿mis cartas?

— Nos las ha entregado fielmente á Liliás y á mí, y Liliás, — yo salgo responsable y os lo garantizo, — obedecerá religiosamente las últimas voluntades de su culpable y desgraciado padre...

Y ahora, guardemos silencio, porque el momento es grave... hagamos oracion...

Abrió su libro y se arrodilló de nuevo á los piés de la cama.

Liliás vino á colocarse á su lado.

En seguida empezó á recitar el salmo *Miserere mei Domine.*

El coronel, recostado sobre sus almohadas y con las manos juntas y los ojos medio cerrados, repetía en voz baja los versículos del salmo suplicante.

Y como si las oraciones de aquellos tres seres tan distintos mezcladas y confundidas entre sí, la del opresor con la del oprimido, la de la inocencia con el crimen, y no formando sino una sola oracion, hubiesen llegado hasta las gradas del trono celestial, aquel cuarto sombrío y oscuro se iluminó de repente.

Un rayo de sol abriéndose paso á través de las nubes y de los vidrios emnegrecidos con el polvo, vino á jugar con un resplandor brillante sobre los cabellos rubios de Hortensia, formando alrededor de su cabeza como una especie de aureola.

Los dos ángeles de la oracion agitaban blandamente sus alas blancas en aquel sitio de desolacion.

El de la misericordia recogía como un perfume de nardo y cinnamomo las preciosas palabras que se escapaban de los labios de Hortensia y de Liliás.

El del arrepentimiento recogía las lágrimas amargas de aquel moribundo que, en una hora de dolor y contricion sinceros, reparaba toda una vida de iniquidades.

En esto llegó el doctor Toinon, y se quedó admirado de la tranquilidad del enfermo. No habia ya esperanza de vida para el desgraciado coronel, pero el médico no contaba con que tendria unaagonia tan suave.

Sin embargo, á las preguntas mudas que le dirigian Hortensia y Liliás, respondía meneando la cabeza:

— Yo no tengo ya nada que hacer aquí.

A pesar de que estas palabras habian sido pronunciadas con voz apenas perceptible, Fritz las habia llegado á oír y le dijo con una débil sonrisa:

— Sí, en efecto, no es ya el médico del cuerpo el que me hace falta, sino el del alma.

A una seña de Hortensia, el doctor salió del cuarto, y poco despues entró en él un sacerdote.

Era uno de los vicarios de San Esteban del Monte, — un jóven, casi un adolescente, — con sus largos cabellos rubios ensortijados, sus ojos azules en los que brillaba la fé que ninguna duda habia venido todavía á turbar ni á hacer vacilar, y que parecia verdaderamente un apóstol y misionero de perdon y de misericordia.

Escuchó, no sin estremecerse muchas veces, la confesion del pecador arrepentido, y pronunció las palabras sacramentales de la absolucion...

Ni Hortensia ni Liliás se separaron durante todo el dia de la cabecera de aquel gran culpable.

A medida que iban pasándose las horas, así tambien iban desapareciendo las fuerzas ficticias que habian sostenido á Fritz, fuerzas producidas por las vivas emociones de su alma.

Pero permaneció en una resignacion perseverante hasta los últimos momentos.

Segun iban avanzando las sombras de la noche, así tambien se iban oscureciendo el cerebro de Fritz y sus miradas.

La vista fué lo primero que perdió: buscó á tientas la mano de su hija, y no la abandonó hasta que exhaló el último suspiro.

Despues ya no llegaban á percibir sus oídos las oraciones que continuaba recitando madama de Puysaie sino como un ruido vago y confuso que se fué extinguiendo poco á poco.

Imágen y principio solemne del gran silencio de la eternidad.

Los músculos fueron perdiendo gradualmente su elasti-